

## NOTAS Y TEXTOS

### ADOLFO HARNACK Y EL PROBLEMA RELIGIOSO EN NUESTROS DIAS

#### I

##### La autenticidad de los documentos

AL cual Harnack le concebía, dos puntos abraza su planteo y solución: la autenticidad de los documentos y el valor de su contenido. El primer punto le resolvió Harnack con relativa moderación: él fué uno de los que con más decisión enarbolaron la bandera de «vuelta a la tradición», después de los excesos de Strauss y de Baur (1). Ya en 1897, en su *Cronología de la literatura antigua cristiana hasta Eusebio*, adoptaba las soluciones de B. Weiss y de Jülicher, que a muchos entonces parecieron pasables; pero después él, por su cuenta, continuó por la misma senda; y en opúsculos como *Lucas el médico*, *Los Hechos apostólicos y Nuevas investigaciones*, fué acentuando su actitud más y más conciliadora, hasta admitir para el tercer Evangelio y los Hechos apostólicos el autor y la fecha que siempre les había señalado la tradición; si bien modificando no poco ésta con notables concesiones a los postulados de la crítica en la teoría de las dos fuentes, ya con respecto al empleo del documento Logia, ya en lo tocante al uso de Marcos, compuesto, dice Harnack, aunque no publicado, antes del 60, y facilitado a Lucas por el mismo Marcos al encontrarse ambos en Roma

---

(1) STRAUSS con su teoría mitica; BAUR con la hegeliana de «tesis, antítesis y síntesis», que introdujo en la crítica bíblica, señalando como criterio para determinar la data de los libros la tendencia en ellos representada.

durante el cautiverio del Apóstol (1). Con respecto a Mateo se atuvo a la teoría de las dos fuentes en composición y data; y tampoco respecto de las epístolas dió Harnack pasos notables hacia las soluciones tradicionales. Pero el libro que singularmente estudió Harnack bajo este aspecto fué el cuarto Evangelio, llegando a estas conclusiones: el Evangelio es obra de «Juan el Presbítero según datos de Juan el Apóstol»; y señalándole la data de ± 110.

Examinando las investigaciones de Harnack sobre este punto, se ve que su rectitud natural y su conciencia de historiador le empujaban a dar el paso decisivo; pues además de llegar a los confines de la data tradicional (¡sólo le separa de ella un decenio!), el análisis del tema y las conclusiones finales del mismo denuncian las vacilaciones de su espíritu. Harnack, como experto investigador y controversista, plantea netamente el problema reduciéndole, sobre todo, al testimonio de Ireneo, discípulo de Policarpo, quien a su vez lo había sido de Juan. Harnack no podía menos de reconocer el excepcional alcance de un testimonio, que, como observa Teodoro Zahn, «de ser el Juan preceptor de Policarpo, Juan el Apóstol, con sólo el intermedio de dos anillos nos trasporta desde Jesucristo mismo hasta casi los fines del siglo II», o sea desde el año 30, en que el Señor terminaba su carrera mortal dejando a Juan por testigo de su vida y portentos, hasta el 180, en que Ireneo escribía próximamente sus *Contra haereses*; porque, en efecto, merced a la longevidad extrema de Juan y Policarpo, Juan, que prolongaba su vida hasta entrado el imperio de Trajano (98), es decir, hasta finalizar casi el siglo I, pudo conversar bastante tiempo con Policarpo, quien moría en 155 con ochenta y seis años de «discípulo de Cristo» (2), y, por consiguiente, había nacido lo más tarde el año 69, teniendo en consecuencia a la muerte de Juan unos treinta años, edad más que suficiente para haber alcanzado no poco tiempo al Evangelista en Asia. Ireneo dice expresamente que «Juan discípulo del Señor» murió en Éfeso reinando ya Trajano, y por tanto después del 98 (3), siendo el autor del cuarto Evangelio «que lleva su nombre», *Contr. haer.*

(1) *Neue Untersuch.*, p. 92.

(2) No consta si Policarpo recibió el bautismo luego de nacer o ya adulto; en este último caso es menester adelantar todavía su nacimiento: la edad de ochenta y seis años es la mínima que puede concedérsele.

(3) *Contr. haer.*, 3, 1.

3, 3, y en su carta a su amigo Florino San Ireneo habla de instrucciones de Policarpo oídas en Asia por ambos amigos en «la primera juventud» del Obispo de Lyon, añadiendo que en ellas hablaba el anciano Obispo de Esmirna de su maestro «Juan, discípulo de Jesús, el que se reclinó sobre el pecho de su maestro en la última cena, y autor del Evangelio». Si efectivamente estas noticias que da Ireneo son exactas, es imposible dudar de que el cuarto Evangelio es, en hecho de verdad, obra de San Juan el Apóstol, hijo del Zebedeo. Pues bien; Harnack admite la autenticidad de los escritos de Ireneo, donde se lee todo esto; pero sostiene que el Juan de quien Policarpo hablaba como de maestro suyo y a quien atribuía el cuarto Evangelio, era Juan no el Apóstol, hijo del Zebedeo, sino «el Presbítero», personaje diverso; llamado, sí, discípulo de Jesús, pero no inmediato como los Apóstoles; ni idéntico, sino distinto de Juan el Apóstol. Ireneo cuando escuchaba a Policarpo sería «un niño», que el último año de la vida de Policarpo, cuando le escuchaba como Florino, contaría unos trece años y nacería hacia 142; pues él mismo llama a aquella época de su vida su «primera juventud» (1); y aplicó equívocadamente a Juan el Apóstol las noticias de Policarpo sobre Juan, pero el Juan de quien Policarpo hablaba era Juan el Presbítero.

Tal es, según Harnack, la conclusión a que nos conduce el análisis diligente de los documentos, sobre todo los testimonios de Papías, contemporáneo, pero algo mayor que Ireneo. Papías, en efecto, que era Obispo de Hierápolis, en Frigia, en su celeberrimo testimonio citado por Eusebio, da a entender, según Harnack, que Juan el Apóstol nunca visitó el Asia, y así no pudo tratar allí con Policarpo, ni escribir en Éfeso su Evangelio. Papías en ese testimonio traza dos listas de personajes de las primeras generaciones cristianas, cuyos testimonios recogía y anotaba con diligencia para servirse de ellos en sus Exégesis sobre enseñanzas del Señor. En la primera de esas listas cita siete personajes, designando sus nombres propios, seis de los cuales son seguramente apóstoles (Pedro, Tomás, Mateo, Santiago, Andrés y Felipe), y a ellos agrega un «Juan», que como de la misma categoría, es el Apóstol. En la segunda nombra a dos «discípulos del Señor», Aristón y «Juan», a quien llama «el Presbítero». De los siete primeros

---

(1) ἐν τῇ πρώτῃ ἡμῶν ἡλικίᾳ, in prima nostra juventute (*Contr. haer.*, 3, 3).

habla como de ausentes en tiempo y lugar, con quienes nunca estuvo en contacto: por eso se informa de sus enseñanzas mediante discípulos suyos que le refieren lo que los siete habían predicado. De los otros dos habla como de presentes en lugar y tiempo y de cuyas enseñanzas ha disfrutado y disfruta. El Juan, pues, de la segunda lista, presente en Asia y con quien conversa Papías, es distinto del Juan de la primera, que es el Apóstol y nunca visitó el Asia. Así razona Harnack.

Pero Harnack viene a reconocer que su razonamiento no es concluyente, porque después de prolífico y sutil análisis, resumiendo la cuestión escribe (*Chron.* I, 668): «La cuestión sobre Juan el Apóstol en Asia, examinada a la luz del testimonio de Papías, se termina con un *non liquet*, aunque su manera de hablar sobre Juan el Apóstol da a entender que nunca tuvo relaciones con él», como las debió tener si es idéntico al Juan de la segunda lista. Y en la p. 674: «La posibilidad de la venida de Juan el Apóstol al Asia y su vida hasta Trajano, no queda excluida por el testimonio de Papías; pero menos queda garantizada la venida por Justino y los Padres de fines del siglo II, *pues en el testimonio de Papías queda indecisa*.» Los dos argumentos son bien débiles y Harnack no podía desconocerlo. En cuanto al primero, un análisis atento del testimonio de Papías hace ver que el segundo Juan puede sin dificultad identificarse con el de la primera lista y si puede, debe, atendido el conjunto de los testimonios restantes (1). Tampoco el segundo argumento tiene valor: una prueba o testimonio «dudoso» en frente de varios categóricos, aunque sean algo posteriores, no puede invalidar el valor de éstos, tanto más que el testimonio de Papías, a que alude Harnack, es el mismo que acabamos de examinar, y que si alguna ambigüedad deja, lo es para nosotros, no para los contemporáneos informados perfectamente del conjunto de la historia. La única dificultad que se opone a la identificación de los Juanes es la diferencia de tiempos y lugares en su ministerio; pero para allanarla basta distinguir en el ministerio de Juan una doble etapa: antes de ir a Asia y en ésta; duplicidad facilísima en la dilatada vida de ese Apóstol. Ireneo, al dar cuenta de su muerte, se hace cargo de esa dificultad y a la solución de ella mira la advertencia de haber Juan alcanzado a Trajano.

---

(1) *Est. Eclesiást.*, oct. 1928, 432 ss.

## II

## El valor del contenido

¿Cuál, pues, era el motivo por el que Harnack muestra tan decidido empeño en negar a San Juan la paternidad del cuarto Evangelio, quedándose, por decirlo así, a la puerta de la verdadera solución, como que sólo se trataba de un simple decenio, pues la tradición no tiene dificultad en retrasar la data del cuarto Evangelio al fin del siglo? La verdadera causa no era histórica, sino filosófica o dogmática: para un crítico como Harnack es imposible de explicar en un testigo inmediato de la vida de Jesús la imagen que de éste aparece en el cuarto Evangelio. Ciento que aun concedida la autenticidad, quedaba el recurso, al que en último término acude Renán, de una perturbación «en las facultades del anciano» que le sujetaba a «extrañas» alucinaciones. Pero Harnack siente instintiva repugnancia a semejantes expedientes gratuitos y ridículos, prefiriendo prevenir tales embarazos con soluciones menos violentas: con tal que Juan el Apóstol no sea el autor del Evangelio, aunque se admita alguna relación de dependencia entre su verdadero autor, Juan el Presbítero, con respecto a Juan el Apóstol (εὐαγγέλιον Ἰωάννου· τὸν πρεσβυτέρου· κατὰ Ἰωάννην· τὸν Ζεβδαῖον), como el contenido y amplitud del κατά están abiertos a la discusión (1), es claro que la conclusión no es tan comprometida: la intervención de elementos sobre la vida y hechos de Jesús, procedentes del Apóstol, puede apretarse o aflojarse según la necesidad. Desde luego, el autor del libro tal como nosotros le poseemos no puede ser un apóstol: ¿cómo explicar en tal hipótesis la figura de Jesús cual aparece en el libro? Harnack admirador de Weizsäcker, profesa, como éste, el axioma de la imposibilidad absoluta del orden sobrenatural, de modo que un retrato fiel de la realidad histórica de la personalidad de Jesús en los caracteres con que ésta aparece en el cuarto Evangelio, es totalmente imposible: «No puede imaginarse esfuerzon ninguno de fe religiosa ni de especulación filosófica que alcanzara a extinguir el recuerdo de la vida real, y susti-

---

(1) *Chronol.*, I, 677.

tuirle con la imagen maravillosa de un ser divino....; tal fenómeno en un discípulo inmediato de Jesús es imposible» (1). Es, pues, absolutamente indispensable buscar razones históricas para confirmar una verdad en sí inconcusa y desechar una patraña insustancial. Así razona un crítico que no admite el orden sobrenatural. Pero el caso es que las razones históricas no comparecen y el conflicto resulta bastante agudo. Por otra parte, el embarazo que experimenta todo crítico racionalista y la dificultad que a su espíritu se presenta no es nueva; en mayor o menor escala asalta a muchos; ya los Doctores jerosolimitanos se la propusieron con fuerza a Jesucristo, y San Juan la refiere tal cual la oyó de los labios mismos de los interlocutores del diálogo: «Tu, homo cum sis, te ipsum Deum facis», queriendo apedrear al Señor por su aserción que para ellos resultaba blasfema, como para el crítico insensata. Pero he aquí cómo respondió Jesús; sin inmutarse por la actitud de sus adversarios, les dijo (como mudando algún término podría decir a los críticos): vosotros os alteráis porque me atribuyo un poder y una naturaleza idénticos al poder y naturaleza de mi Padre, a quien vosotros reconocéis como a vuestro Dios; pues bien: si yo no ejecuto obras propias de ese poder y de esa naturaleza de mi Padre, en hora buena que no me creáis; pero si las ejecuto, ya que a mis palabras no queráis dar crédito, dádselo a esas obras con que yo confirmo mis asertos, y creed que efectivamente mi Padre está en mí y yo en él «por identidad de poder y naturaleza» (2).

No es fácil comprender cómo Weizsäcker, Harnack y los que discurren del mismo modo, que son muchos, se imaginan la forma en que los discípulos de Jesús, o en general los primeros fieles que creyeron en su divinidad, concebían la persona del Señor; pero del modo con que hablan sobre la diferencia entre los que le vieron y los que no le vieron, se infiere que tienen de tal concepción una idea muy inexacta. Dice Weizsäcker que en San Pablo, el cual no conoció a Jesús en su vida mortal, se concibe pudiera tenerle por un ser celestial y divino: genio poderoso e imaginación religiosa en extremo ardiente, no enfrentada por el recuerdo incontrastable de la experiencia histórica de la convivencia con Jesús, el fervor de su fe y su fuerza de imaginación

(1) WEIZSÄCKER, *Apostol. Zeit<sup>3</sup>*, p. 517.

(2) JOANN., 10, 33. 37-38.

pudieron anular en él otras consideraciones; pero tal esfuerzo o resultado no es posible en los que le trajeron por tres años (1). Sin embargo, analizando los pasajes en que San Pablo y los Apóstoles hablan de su idea sobre la persona del Señor, se ve que en uno y otros fué exactamente la misma; y que ni San Pablo necesitó hacer aquel esfuerzo o de fe religiosa o de especulación filosófica que Weizsäcker cree indispensable para tal concepción; ni a San Juan o a sus compañeros de apostolado faltó tal esfuerzo o su resultado. San Juan, en el capítulo I de su Evangelio, al terminar la descripción sublime que de Jesucristo hace desde el v. 1 hasta el 14<sup>a</sup>, después de haber dicho que el Verbo se hizo carne, continúa con toda tranquilidad: «Y nosotros (yo y mis compañeros de apostolado), contemplamos su gloria, que efectivamente era como correspondía a quien era el Unigénito del Padre», consustancial a él. Es indudable que en estas palabras quiere el Evangelista expresar el concepto que él y los Apóstoles, con su trato cotidiano del Salvador en su vida, palabras y obras durante el trienio de su convivencia con él, se formaron del mismo en calidad de Dios-Hombre, cual acaba de describirle en I, 1-14<sup>a</sup>, esto es, de «Verbo e Unigénito de Dios, hecho carne». Y la misma idea pretende despertar en los lectores de su Evangelio con la descripción de su vida, predicción y obras: «Estas cosas han sido escritas para que (leyéndolas) creáis que Jesús es el Hijo de Dios» (20, 31), tal cual le describió en I, 1-14<sup>a</sup>, es decir, consustancial al Padre y Dios como él. Evidentemente ni Juan y sus condiscípulos, ni los lectores de su Evangelio necesitaron, en opinión del Evangelista, los esfuerzos que supone necesarios Weizsäcker y, como él, Harnack y todos los críticos de la escuela moderna (2).

Veamos ahora la forma en que San Pablo concebía por su parte al Señor en toda su grandeza y si necesitó practicar o practicó aquel esfuerzo. Como San Juan en I, 1-14 y 20, 31, así San Pablo en *Filip.* 2, 6-7, nos describe también la forma en que él concibe y quiere que los

(1) WEIZS., *ibid.*

(2) Ciento que Harnack hace resaltar la serenidad de espíritu que Jesús ostenta siempre en su vida sin denunciar jamás conmociones de ánimo extraordinarias; pero Harnack reconoce en todo esto un enigma que no acierta a resolver, y que en efecto es insoluble, supuestas las nociones de la crítica sobre la fe y los fenómenos religiosos en los grandes representantes del movimiento cristiano.

fieles conciban al Señor en su augusta majestad. «Siendo así, dice, que Jesucristo poseía como propia la naturaleza divina (era verdadero Dios), no hizo, según pudiera, ostentación, como de un trofeo, de esa su igualdad con Dios, sino más bien se desocupó (de ese aparato) tomando naturaleza de siervo como los demás hombres, y conduciéndose en su porte como cualquiera de ellos.» La descripción del Apóstol indudablemente presenta a Jesús con todos los esplendores de la grandeza excelsa de verdadero Dios, aunque revestido de la naturaleza humana en que se lo representaba San Pablo en sus grandes concepciones (1); y aunque a primera vista parece que mientras San Juan quiere hacer resaltar su «gloria» (*vidimus gloriam quasi Unigeniti*) y San Pablo, por el contrario, dice que «la ocultó»; en realidad, ni la manifestación de la gloria en San Juan denota ostentación directa de los esplendores de la divinidad, ni su ocultación en San Pablo significa que no se manifestó aquel esplendor en forma alguna: la gloria de que habla San Juan no es otra cosa que ráfagas que de cuando en cuando dejó escapar el Señor en sus palabras y portentos a través de la humanidad; manifestación que no se opone a la ocultación habitual de la majestad en la mente del Apóstol. Sustancialmente, la imagen es exactamente la misma: el Hijo de Dios que se hace hombre sin dejar de ser Dios. San Pablo, por consiguiente, y San Juan, se formaban exactamente la misma idea sobre el Dios-Hombre, y la contemplación de esa majestad divina fué sólo a la fe por las señales que de sí dió Jesucristo en apoyo de sus aserciones sobre su persona, y mediante las cuales venían los apóstoles y el mundo en conocimiento de la divinidad de Jesús. Este, en sus disputas con los Doctores cuando le opusieron la dificultad de su humanidad, se remitió a «sus obras» como demostración de su poder y ser divino; y cuando los discípulos vieron que efectivamente restituía la vista a ciegos de nacimiento aplicando lodo a sus ojos; cuando le vieron llamar del sepulcro a Lázaro ya en putrefacción; al contemplarle mandando con imperio a la naturaleza y sus elementos; descubrir los secretos del alma; resucitarse a sí propio como lo había predicho; concluyeron que efectivamente en su persona, detrás del velo de su humanidad, se ocultaba algo muy superior. Verdad es que tal vez

(1) Ni se diga que la figura en que le describe al aparecerse en la vía de Damasco es otra: es la misma; también allí es hombre y le ve como a hombre (*1 Cor.*, 9, 1).

algún tiempo abrigaron sus dudas: otros hombres también habían hecho prodigios semejantes; pero pronto descubrieron una inmensa diferencia, no sólo en el número y calidad de las obras portentosas ejecutadas por Cristo, sino en la manera de obrarlas; aquellos siervos de Dios ejecutaron obras portentosas en una forma precaria y en casos aislados; además, siempre invocando el nombre de Dios y en virtud del poder divino extraño a sus personas: Jesucristo protesta poseer el poder taumatúrgico en forma permanente; y cuando Marta le manifestó su esperanza de ver resucitado a su hermano «por saber que si Jesús pedía a Dios aquella gracia, la conseguiría», Jesús le replicó, no sin cierto aire de severo reproche: «Yo soy la resurrección y la vida, y no necesito recurrir fuera de mí para obrar cualquier portento, por poseer en mí mismo tal poder: ¿lo crees así?», como exigiéndole esa confesión. Así fué como los discípulos comprendieron que Jesús no era sólo un «Enviado», sino un «Ser» divino. El transcurso del tiempo con la transformación del mundo a la predicación de su Evangelio, confirmó más y más a los suyos en su creencia; porque Dios no podía con su poder y aquiescencia confirmar pretensiones que de no ser lo que sonaban resultaban blasfemias.

Ni los apóstoles, pues, ni creyente alguno necesitaron para concebir a Jesús como Dios u Hombre-Dios, aquel esfuerzo que suponen Weizsäcker y los críticos en San Pablo y los que como él se imaginaron a Cristo un ser divino. Semejante idea nace del concepto erróneo que de la fe tienen esos escritores. Ellos suponen erróneamente que la fe no es otra cosa que un conato resuelto del alma que del fondo de su sentimiento religioso, fuerza divina, pues conduce a Dios, va elaborando sus concepciones en ese orden, afirmándose y arraigándose en ellas por encima de todas las dificultades contrarias, aun de la evidencia racional (1). Tal es la doctrina que sobre la fe religiosa profesan los más grandes maestros de la crítica de nuestros días: Weizsäcker, Harnack, Juan Weiss, etc. Pero la fe ni como «acto» es un esfuerzo tenaz hacia la retención obstinada de su objeto por encima de cualesquiera obstáculos aun de la evidencia; ni en su término es una creación o producto de la actividad subjetiva del creyente: todo esto no tendría ni fundamento, ni consistencia ninguna: más, sería el colmo de la de-

---

(1) J. WEIZS., *Urchristentum*, 19-22.

mencia (1). La fe es un asentimiento sereno de la mente a la revelación divina que existe fuera del hombre y tiene por autor a Dios, que la comunica, o inmediatamente por sí a los órganos que ha escogido, o al mundo por éstos mediante la predicación confirmando su origen divino con pruebas irrefragables.

LINO MURILLO

*(Se concluirá)*

## ¿TEMERARIA? O ¿ALGO MENOS?

HACE cosa de un año publicamos un modesto opúsculo destinado a poner de manifiesto, en la medida de nuestras fuerzas, la explicación tradicional sobre la identidad del cuerpo mortal y del resucitado. Como es natural, hemos seguido con interés los juicios críticos que con ocasión de nuestro opúsculo se han publicado. Al cabo de más de un año de silencio, séanos permitido comunicar a nuestros lectores algunas observaciones, no desprovistas quizá de interés.

De los treinta y cinco juicios críticos que han llegado a nuestro conocimiento, pertenecientes a las principales naciones de Europa y América y emanados de muy distintos autores, así del clero secular como del regular de diversas Ordenes religiosas (agustinos, benedictinos, capuchinos, dominicos, jesuítas....), unos cinco son adversos, aunque no tanto a la doctrina cuanto a la censura dada por nosotros a la explicación de Durando. La proporción es realmente algo crecida (5 por 30) tratándose de una sentencia *cierta*, patrocinada por toda la Tradición. Pero quizá disminuya la desagradable sorpresa que podría causar en alguno dicha estadística, si después de recordar lo que ya indicamos en nuestro opúsculo, a saber, que en Francia sobre todo

(1) ¡Y sin embargo, tal es la noción que de la fe religiosa da él, por otra parte, sabio distinguido, Juan Weiss, en el pasaje citado, donde puede verlo quien gustare! Y por la pluma de Juan Weiss habla toda una escuela que hoy es por muchos tenida por el summum de la ciencia, sobre todo crítica.